

Boxeo, peligro y masculinidad

HORTENSIA MORENO*

RESUMEN: Como componentes fundamentales del imaginario de la masculinidad, el riesgo en el deporte y la capacidad para soportar el dolor contribuyen a configurar una cultura de género que en el boxeo tiene una impecable transparencia. Los integrantes del campo interpretan el peligro como una característica del deporte, cuyas repercusiones en la salud y la integridad corporal de los atletas pueden ser negadas o minimizadas en función del valor viril que constituyen.

ABSTRACT: As fundamental components in the imaginary of masculinity, risk in sports and the capacity to endure pain contribute to shaping a culture of gender which is absolutely transparent in boxing. Members of the field interpret danger as a characteristic of sport whose repercussions on health and athletes' bodily integrity can be denied or minimized as a result of the manly bravery they represent.

Palabras clave: género, masculinidad, boxeo, cuerpo, lesiones.

Key words: Gender, masculinity, boxing, body, injuries.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo forma parte de la tesis “Orden discursivo y tecnologías de género en el boxeo”. La investigación de campo se llevó a cabo de septiembre de 2005 a septiembre de 2008. Comenzó como una inquietud por entender la inserción de mujeres en un ámbito que había permanecido como un coto ex-

* Doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Mujer y Relaciones de Género por la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Miembro del personal académico del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

clusivo de la masculinidad hasta 1999, año en que se modificó el Reglamento de Box del Distrito Federal a raíz de la demanda de inconstitucionalidad que levantó la boxeadora y abogada Laura Serrano, a partir de la cual se abolió la prohibición de que las mujeres pelearan profesionalmente.

El boxeo es una actividad social altamente codificada. Depende, en primer lugar, de la posibilidad de hacer contacto con un grupo relativamente hermético de “iniciados”, el cual permite el ingreso a los lugares donde se imparte un conjunto de saberes —técnicas corporales, rituales y ceremonias, normas de conducta, reglas internas y externas de organización, todo ello integrado en una larga tradición muy poco flexible en apariencia— cuya transmisión se realiza cuerpo a cuerpo mediante un aprendizaje arduo y un sometimiento jerárquico a figuras de autoridad. Desde las primeras incursiones se hizo claro que la reconstrucción conceptual del campo social del boxeo requería una indagación de su estructura. De ahí surgió la necesidad de entrevistar a dos tipos de informantes: por un lado, “protagonistas”, es decir atletas (boxeadores y boxeadoras activos) que practicaban el oficio en las modalidades de entrenamiento y competencia, y por el otro, “especialistas” en esta actividad, que se mueve alrededor de su práctica y que, en gran medida, la orientan y donde se incluyen entrenadores, *mánagers*, *seconds*, promotores, médicos del deporte, periodistas y funcionarios.

Dado que el boxeo es una disciplina fundamentalmente corporal, la observación directa de las prácticas ligadas a su desarrollo es esencial para la comprensión de sus implicaciones en la construcción del género. La mayoría de las entrevistas se llevó a cabo en los gimnasios y arenas donde entrenan nuestros/as informantes. La principal condición para elegir determinado gimnasio o arena era la presencia de mujeres en el papel de atletas. La clasificación de informantes en dos categorías (protagonistas/especialistas) queda superpuesta a la de género, pero

BOXEO, PELIGRO Y MASCULINIDAD

está profundamente impregnada por ella; el campo del boxeo en la ciudad de México, aunque está abierto a la participación de mujeres, es mayoritariamente masculino (en una proporción prácticamente imposible de establecer con certeza —dado que se carece de datos en el plano oficial— pero se podría estimar que hay una boxeadora por cada cien boxeadores).¹

LA INHERENTE PELIGROSIDAD

El boxeo es indefendible. No sólo es la disciplina deportiva más explícitamente violenta de todo el espectro, sino además la que presenta el más alto grado de peligrosidad para la salud de quienes la practican. Desde luego, el tema es discutible, y de hecho se discute en los círculos boxísticos, como parte de la disputa que ha acompañado al boxeo desde su establecimiento como deporte reconocido y sancionado por organismos internacionales. Una disputa irresuelta debido quizás a su índole polarizada, la cual vuelve imposible permanecer en una esquina neutral: el boxeo o bien es reivindicado como una actividad suficientemente noble

¹En entrevista (28 de noviembre de 2005), Ricardo Contreras, presidente de la Federación Mexicana de Boxeo Amateur, nos informó que el boxeo varonil es practicado en 180 países, mientras que el femenino sólo en 20; en cada país hay una gran diferencia entre la cantidad de hombres y la cantidad de las mujeres que lo cultivan. Nos dio las siguientes cifras: “Nosotros tenemos un aproximado de la gente que está registrada dentro del boxeo organizado que son aproximadamente entre tres y cuatro mil gentes registradas, pero hay otro tanto que nos da un cálculo de 10 mil gentes, entre entrenadores, médicos, árbitros, jueces, boxeadores que practican este deporte en nuestro país”; sin embargo, “hicimos un primer campeonato nacional con la idea de fortalecer [la rama femenil], pero no conseguimos más de tres boxeadoras por cada división”. Sobre la modalidad profesional aseguró: “Usted no encuentra en las clasificaciones, ahorita, arriba de cinco mujeres”.

como para pertenecer al conjunto de los deportes legítimos, o bien se pretende borrarlo de la faz de la tierra de una vez por todas.²

La polaridad no sólo está presente en los dos bandos enfrentados, sino incluso en especialistas que han pasado de la absoluta afiliación al total repudio, tal vez debido a su enorme cercanía con las historias y las vicisitudes que rodean la práctica.³ Joyce Carol Oates resume el problema de manera convincente en el extraordinario ejercicio de reflexión donde descifra y subraya el carácter profundamente paradójico del boxeo:

[L]a mera imagen del boxeo es repulsiva para mucha gente porque no se puede asimilar dentro de lo que deseamos saber sobre el hombre civilizado [...]; el despliegue de agresión directa y categórica y aparentemente natural del boxeo es demasiado explícito para ser tolerado (Oates, 2002: 99).⁴

Para esa autora, el arduo, prolongado, abrumador periodo de preparación para el desempeño deportivo tiene como subtexto un afán de control sobre el propio cuerpo: “el cultivo sistemático del dolor en los deportes, en función de un proyecto vital: la transposición deseada de la sensación que conocemos como dolor (físico, psicológico, emocional) en su opuesto polar”, de modo

² El 5 de diciembre de 1984, la Asociación Médica Americana adoptó la resolución de solicitar que el boxeo profesional y amateur fuese abolido (Hauser, 2000: 24). Según Hauser, para entender el boxeo “Tienes que captar la realidad de las caras aplastadas y el dolor, y entender cómo pueden ser parte de algo valeroso, emocionante y bello [...]; ‘el boxeo es hermoso: el deporte más puro en el mundo’” (cita a Mike Jones). “Es un mundo oscuro que agarra lo más salvaje en el hombre y lo empuja al centro del escenario con un telón de fondo de explotación y dolor. Pero más allá del espectáculo de la confrontación violenta, el boxeo ofrece valentía y belleza, lealtad y fuerza” (Hauser, 2000: 1, 3).

³ Por ejemplo, Hugh McIlvanney (2002: 13) dice: “Mi propia actitud respecto al problema de si alguna sociedad decente habría de tolerar las peleas con los puños ha sido profunda, quizás aburridamente ambivalente durante años [...]. Debo admitir que conforme envejezco, mi entusiasmo por el juego cada vez se ve más cercado por mis aprehensiones”.

⁴ Todas las traducciones son de H.M.

que, en virtud de un acto de determinación, el dolor se transfigura en su contrario: “dolor ahora, pero control, y por lo tanto triunfo, después” (Oates, 2002: 27-28). Esta voluntad de control puede leerse como uno de los significados sobresalientes del orden discursivo de género, sobre todo en la medida en que se trata de un contenido decisivo de la masculinidad en Occidente.

El estudio del deporte desde la perspectiva de género permite un análisis crítico de este tipo de masculinidad; sus temas recurrentes son el cuerpo y los peligros asociados con la interpretación de la hombría en tanto posicionamiento de sujeto siempre a prueba. Según Young y White, la masculinidad “es uno de los factores de riesgo más significativos asociados con las enfermedades de los varones” (Young y White, 2000: 113), en la medida que produce conductas generificadas donde el riesgo físico es naturalizado, promovido y celebrado. Para los hombres es significativo participar en “prácticas deportivas violentas que en cualquier momento pueden tener como resultado varios grados de daño físico” (Young y White, 2000: 117). Se puede comprobar que los varones son socializados en formas de juego que son potencialmente lesivas y usan “el deporte y los cuerpos atléticos como lugares clave para la ‘verificación de la masculinidad’”, sin importar que muchas veces el resultado de esas prácticas sea un daño severo a la integridad corporal (Young y White, 2000: 123-124, 125). Estas características generales del deporte se agravan en el boxeo.

Sugden (1996: 173) afirma que, cuando eligen subir al ring, “los boxeadores se arriesgan a dos categorías de lesiones en el cerebro”: las primeras son producto del “*killer punch*” [golpe asesino], el cual “rota el cráneo más rápido que el cerebro en su interior, causa que se desprenda una o más de las delicadas venas puente entre el cráneo y el cerebro y, a veces, azota la cabeza de regreso contra la parte superior del occipital”. Las consecuencias de estas lesiones pueden ser la inconsciencia, la parálisis o la muerte. La segunda categoría de lesiones tiene que ver con los efectos acu-

mulativos de la gran cantidad de golpes recibidos en la cabeza a lo largo de la carrera de un peleador, los cuales producen el síndrome del “*punch drunk*” [borracho a golpes].

De 9 a 25 por ciento de ex boxeadores profesionales sufren este síndrome en algún grado. Los síntomas médicos incluyen ataxia (pérdida de control muscular), movimiento frenado, porte peculiar, síndrome del tipo del Parkinson (como el que se dice que tiene Alí), pérdida de memoria y demencia. Un estudio británico publicado en 1973 examinaba las vidas de 15 ex boxeadores. Los tristes detalles incluyen anécdotas de conducta violenta, incapacidad para conservar el empleo, matrimonios fallidos, estilos de vida vagabundos y muerte temprana. En algunos de los boxeadores, la declinación visible comenzó a los veintitantos años (Anasi, 2002: 86-87, 91).

Kath Woodward ha observado que “la primacía de ‘el cuerpo’ en el boxeo tiene gran impacto y puede ser perturbadora, especialmente en relación con el riesgo y el peligro” (Woodward, 2007: 37). Se trata de una actividad humana que consume, como ninguna otra, “la mera excelencia que exhibe” (Oates, 2002: 16), porque el daño físico no es un accidente en el ring, sino el propósito principal del boxeo: incapacitar o dejar inconsciente al contrario. No obstante, o quizá como consecuencia lógica del enlace entre masculinidad y riesgo, la mayoría de los boxeadores desdeña el dolor:

Casi sin excepción aseguran que están más atemorizados de perder que de ser lastimados; que durante una pelea los golpes de un oponente son menos dañinos física que psicológicamente [...]. “Que te peguen duro”, dice Larry Holmes, “no duele. Es más bien como si alguien te estuviera fotografiando. Ves un flash, y entonces, de repente, estás todo mareado; pero te recuperas” (Hauser, 2000: 21).⁵

⁵“Un peleador nunca admite haber sido lastimado por un golpe bien acomodado. Él (o ella) subrayará una lesión auto-infligida —mano rota, hombro dislocado— o una

Como dice Kath Woodward (2007: 58-59), la violencia de una pelea no es imaginaria; es la materialización de la violencia a través de los cuerpos de los contendientes. Para Joyce Carol Oates, no se trata de golpear, sino de recibir golpes; no se trata ganar, sino de sentir dolor, o cuando menos “una parálisis psicológica devastadora” (Oates, 2002: 25). Oates y Hauser coinciden en señalar la condición profundamente “antinatural” del boxeador en el cuadrilátero, que prefiere el dolor físico a la ausencia de todo dolor: “si uno no puede golpear, puede sin embargo ser golpeado y saber que está todavía vivo” (Oates, 2002: 25). Los peleadores aprenden a dominar “el instinto más fundamental del hombre”: la evitación del dolor, para golpear a sus oponentes, porque “aprenden a recibir golpes recibéndolos” (Hauser, 2000: 30); es decir, el dolor infligido y soportado en una pelea es solamente una fracción del dolor al que se expone cotidianamente un boxeador cuando se somete a un régimen de entrenamiento orientado hacia el éxito (Woodward, 2007: 86-87).

Algunos boxeadores se vuelven *punchy* (es decir, desarrollan el “síndrome del boxeador sonado”) no por el castigo sufrido en los combates oficiales, sino por el efecto acumulado de los golpes encajados durante las sesiones de *sparring* [...]; ojos a la funerata, pómulos tumefactos y labios hinchados, la nariz que sangra con frecuencia, manos y costillas magulladas son lo habitual cuando se calzan los guantes con regularidad (Wacquant, 2004: 81-83).

Para sus detractores, el principal argumento en contra del boxeo está relacionado con dos dimensiones que lo vuelven obviamente

lesión causada por un golpe ilegal —cabezazo, codazo, golpe bajo— pero nunca el efecto dañino de un golpe legal. Entre mejor sea el peleador, menos probable es que admita una lesión [...]. El modelo del boxeador es la Estoa: el labio superior rígido y la mandíbula de hierro. Si reconoces que alguien te ha lastimado, estás admitiendo que te puede volver a lastimar, lo cual te pone un escalón más cerca de la derrota [...]. Los buenos peleadores aprenden cómo ocultar estas reacciones, sabiendo que mostrar una lastimadura es ofrecer una oportunidad” (Anasi, 2002: 89).

desaconsejable. Por un lado, el problema moral: el boxeo es el único deporte cuyo objetivo es causar lesiones; por el otro, el asunto de salud: hay estudios que estiman que 87% de los boxeadores sufre algún grado de daño cerebral irreversible.⁶ Este peligro innegable es tema recurrente en la bibliografía sobre boxeo. Sugden (1996: 174) reitera que el principal objetivo del boxeo es la cabeza.⁷ Hauser tiene perfectamente claro que recibir golpes en la cabeza es una parte integral de la práctica y que “recibir golpes en la cabeza miles de veces en el entrenamiento y las peleas puede causar daño cerebral” (Hauser, 2000: 22-23):

[L]os golpes que se propinan con fuerza exceden 1000 libras [...]. Las cortaduras en la cara y el cuerpo sanan. El tejido cerebral no [...]. La “encefalopatía del boxeador” es un término científico para lo que otros llaman “*punch-drunk*”. Los síntomas tempranos incluyen falta de equilibrio, pérdida ligera de memoria y confusión mental (Hauser, 2000: 23).

Anasi explora en el lenguaje el sentido de esta característica: “Te voy a aplastar los sesos ... sonarte la campana ... quebrarte el cráneo ... voltearte la cara ... despelucarte ... arrancarte la cabeza”; en el mundo material, “los golpes son inevitablemente dirigidos a la cabeza.”⁸ En el boxeo, esta inclinación es conocida como cacería de cabezas” (Anasi, 2002: 82); el trabajo en el gimnasio y el ejercicio repetido en el *sparring* desarrolla una técnica de lucha que tiene muy poco que ver con el “combate natural”:

⁶ Citado en Oates (2002: 91-93).

⁷ “Mientras que en casi todos los otros deportes las lesiones graves son el resultado de acciones no intencionadas (o acciones intencionadas que rompen con las reglas del deporte), en el boxeo se alega que entre mejor y más exitoso es un peleador, es más probable que lesione gravemente a sus oponentes” (Sugden, 1996: 174).

⁸ “Los guantes se usan para proteger los puños, no el cerebro. [El boxeo es] la actividad más violenta condonada por el hombre, excepto por la guerra y ciertas fases de la imposición de la ley” (Hauser, 2000: 6).

En una pelea callejera, un golpe a la cabeza generalmente rompe la mano de la persona que lo propina (se dice que la pelea callejera promedio termina en cinco minutos, con el perdedor con el médico por una nariz fracturada y el ganador con el médico con una mano fracturada). Los cráneos son más duros que las manos. En la era de las peleas a mano limpia, los peleadores hacían esfuerzos sustanciales para proteger sus manos, sumergiéndolas en salmuera y siguiendo dietas especiales para “endurecer los huesos”. En los encuentros, los peleadores a mano limpia tenían que ser cautelosos respecto de la velocidad y la fuerza de sus golpes; sabían que un guamazo demasiado duro habría de resultar en metacarpos fracturados y una derrota (Anasi, 2002: 82-83).

En opinión de Hauser, los golpes que se reciben regularmente en el entrenamiento, aunque no sean contundentes, terminan por ser más dañinos que un nocaut. Hargreaves (1997: 43) agrega que el riesgo ocupacional más común en la práctica profesional varonil es el “síndrome del boxeador”, “una condición neurológica debilitante que tiene características en común con el Alzheimer y el Parkinson”. Otras lesiones frecuentemente sufridas por los peleadores afectan los ojos; “los resultados de exámenes recientes de boxeadores amateur [...] muestran que hay un daño cerebral acumulativo al paso del tiempo el cual pasa inadvertido si no se hacen pruebas”. Anasi (2002: 83-84) asegura que un golpe en la cabeza “es algo que los boxeadores aprenden a soportar, e incluso a disfrutar”; en su cálculo sobre la cantidad de golpes duros a la cabeza en un periodo de nueve meses de entrenamiento, cuenta algo más de 130 impactos severos, más docenas de golpes menores:

[L]a mayoría de las lesiones del boxeo ocurren durante el *sparring*. En el gimnasio, los enfrentamientos dispares son comunes [...]. Sigue siendo un misterio para los médicos por qué a los boxeadores, que regularmente soportan contusiones, no los afectan aún más. Parte de la respuesta yace en el hecho de que los boxeadores adoptan conductas para defenderse de los efectos de una contu-

sión. Aprenden a “rodar con los golpes” [...]; se acostumbran a ir por el mundo estupefactos e irritables e incapaces de concentrarse (Anasi, 2002: 86).

No obstante, en términos de peligrosidad pura y medible (como factor de riesgo para la vida y la salud), se calcula que el boxeo ocupa un honroso sexto lugar después del fútbol americano, las carreras de autos, el vuelo en *hang gliding*, el montañismo y el hockey sobre hielo.⁹ Cada día hay más investigación acerca de las bajas que produce el deporte. Cada vez hay más evidencia del equívoco que hay en suponer que la práctica deportiva en sí misma es una garantía de bienestar y salud.¹⁰ Para Messner, los atletas de alto rendimiento —“quienes a menudo son retratados como el epítome de la salud y una buena condición física”— tienen altas probabilidades de sufrir “una alta incidencia de lesiones permanentes, discapacidades, alcoholismo, abuso de drogas, obesidad y problemas del corazón”:

La racionalidad instrumental, que enseña a los atletas a ver sus propios cuerpos como máquinas y armas para aniquilar a un oponente objetualizado, al final se revierte sobre el atleta como una fuerza exterior: el uso del cuerpo-como-arma termina por resultar en violencia en contra del propio cuerpo. De hecho, un ex jugador de fútbol americano profesional en Estados Unidos tiene una *esperanza de vida media de alrededor de 56 años* (más o me-

⁹ “Desde [...] 1884, de acuerdo con informes oficiales, aproximadamente 500 personas han muerto en el ring a través del mundo. No obstante, en términos de decesos, el boxeo es un deporte relativamente seguro” (Sugden, 1996: 173).

¹⁰ Por ejemplo, una encuesta en salas de urgencia de hospital y en clínicas médicas estadounidenses en 1997 encontró una cantidad asombrosa de lesiones deportivas entre criaturas de 14 años para abajo, encabezada por aquellas ligadas al uso de la bicicleta (901 716), basketbol (574 434), fútbol americano (448 244), beisbol (252 665) y fútbol soccer (227 157); no obstante, se sabe que no todos los accidentes deportivos terminan en urgencias; lesiones y niveles de dolor que en otros contextos acabarían en el hospital y en incapacidad para ir a la escuela o al trabajo, se consideran parte normal de la rutina de muchos atletas (Messner, 2002: 56, 57).

BOXEO, PELIGRO Y MASCULINIDAD

nos 15 años más corta que el promedio nacional) (cursivas mías; Messner, 1990: 211-212).

Como he argumentado más arriba, la peligrosidad de las prácticas y el olvido del propio cuerpo —que pueden ser interpretados como ilusión de invulnerabilidad, desdén por los aspectos físicos del auto-cuidado o simple negligencia— tienen un marcado contenido de género. Los resultados estadísticos de la morbilidad asociada con la práctica deportiva evidencian una actitud diferencial entre hombres y mujeres respecto del dolor y el riesgo. Como dicen Young y White, “los procesos sociales que producen formas dominantes de masculinidad y las prácticas en deportes populares interactúan para producir sistemáticamente lesiones, discapacidad e inclusive la muerte” (Young y White, 2000: 108). Esto significa que los varones son más susceptibles que las mujeres a las lesiones deportivas, aunque el género no sea el único indicador que permite predecir la incidencia de lesiones en actividades deportivas que ponen a prueba los límites corporales de las personas: cada vez son más las mujeres que participan de esta propensión, aunque su proporción respecto de los hombres siga siendo menor: todavía “hay numerosas maneras en que los hombres, más que las mujeres, corren riesgos, soportan el dolor y sufren una salud endeble mediante el deporte y el juego” (Young y White, 2000: 115).¹¹

Esta serie de constataciones no hace sino poner al boxeo dentro de una cultura del cuerpo cuyas repercusiones van más allá de la práctica deportiva. No obstante, por absurdo que parezca, uno de los argumentos recurrentes en la defensa del campo boxístico tiene que ver con ese “honroso sexto lugar” entre las

¹¹ En Estados Unidos, los varones representan 62.5% de las muertes en deportes invernales, 89.5% en deportes acuáticos y 91.5% en deportes de motor; además, los varones tienden a incurrir en lesiones más severas que las mujeres. “Para informantes mayores de 10 años, era más probable que los niños (en lugar de las niñas) hubieran sido atendidos por fractura de hueso, cortadura o laceración, contusión o abrasión” (Young y White, 2000: 119-120).

actividades atléticas más peligrosas. En efecto, nuestros entrevistados hicieron a menudo hincapié en la banalidad de las prevenciones en contra del boxeo si se le compara con deportes “más peligrosos”:

Ricardo Contreras: Hay más muertes en ecuestres, en automovilismo, en el fútbol americano, y con lesiones mucho más graves que en nuestro deporte. Lo que pasa ¿saben qué?, es que se puede morir un conductor de automóviles y, salvo que sea un campeón mundial, no le darán una nota de primera plana los medios; pero en el boxeo, el día que se muere un boxeador hacen un terrible escándalo porque es brutal y demás, pero hay deportes que están arriba de nosotros en riesgo de lesiones mucho más severas (28 de noviembre de 2005, presidente de la Federación Mexicana de Boxeo Amateur).

Desde luego, esta justificación no niega en ningún momento la intrínseca peligrosidad del boxeo; por el contrario, la reivindica como una de sus características más importantes, porque sin riesgo no hay manera de demostrar la valentía que el boxeo compromete como elemento constitutivo de la masculinidad. Sin embargo, el discurso es intrincado y tiene gradaciones relacionadas con el lugar que cada informante ocupa en una estructura rígidamente estratificada a partir de factores como la edad, el puesto o la posición de autoridad.

Benjamín Ibáñez Ureña: Había un problema, que decían que los niños no, y en una de éstas me dijo el doctor Horacio [Ramírez, médico de la Comisión de Box del D. F.] que niños no, dijo: “yo no autorizo”. Le digo, “perdóneme doctor, pero el que autoriza soy yo, usted si les quiere dar [...] hacer su examen, hágaselo; si no, de todas maneras van con nosotros cuatro o cinco médicos del Instituto del Deporte”. Me dice: “es que se golpean”. No, ellos ni se golpean, se cachetean, y además con todas las precauciones del mundo. Al doctor [Esteban] Martos siempre lo hemos invi-

tado y nos apoya bastante. Ahorita está dando un curso, porque es importante que todos aprendamos cómo llevar a nuestros muchachos. Cuando no podemos, se lo mandamos al doctor, que muy amigablemente y sin costo alguno, siempre [...] “mándame a todos los que quieras” (5 de mayo de 2006, vicepresidente de la Asociación de Boxeo de Aficionados del D. F.).

Entre los elementos que contribuyen a la complejidad de la argumentación está la necesidad de reafirmar, por una parte, la extremada peligrosidad del boxeo —en tanto que, si no fuera riesgoso, no tendría ningún mérito varonil—, mientras que por la otra se reivindica como una práctica segura y saludable. Los informantes situados en niveles altos del campo —dirigentes de asociaciones, médicos del deporte, funcionarios públicos— suelen efectuar este malabarismo retórico desde los márgenes: ellos no boxean en este momento y su posición de autoridad deriva, en algunos casos, de su experiencia previa como peleadores, pero sobre todo de un nombramiento burocrático o de la profesión médica.¹² Sus opiniones reflejan la dificultad para hacer sentido de una práctica en la que, como dice Wacquant, “*el cuerpo es al mismo tiempo arma, bala y blanco*” (Wacquant, 2004: 31, cursivas del autor).

Una estrategia muy socorrida es la negación del riesgo; en esta maniobra discursiva, la peligrosidad se atribuye a factores “ajenos” a la práctica: no es que el boxeo sea en sí mismo peligroso; el problema es que no se cumplen los estándares mínimos de cuidado y disciplina que garantizan la seguridad de los atletas. Según algunos de nuestros informantes, si, por un lado, los muchachos están bien entrenados y familiarizados con la técnica boxística; si no se entregan a excesos fuera del gimnasio —como trasnochar, alcoholizarse, comer en exceso— y respetan las indicaciones de

¹² Aunque la gran mayoría de los funcionarios y administradores del deporte fueron atletas en su juventud y el campo boxístico está dominado por ex boxeadores, encontramos a varios especialistas que nunca habían subido a un cuadrilátero.

sus manejadores, y por el otro, si hay una buena vigilancia médica y una supervisión rigurosa que asegure encuentros parejos, las contingencias se minimizan.

Roberto Santos: La gente tiene razón cuando dice que es muy peligroso, que la gente muere en las peleas, sí, pero en realidad las muertes que se suscitan en el boxeo es por otras circunstancias. Es porque las peleas son disparejas, porque un peleador combatió con otro con una diferencia de cuatro, cinco kilos, porque el boxeador no iba bien preparado, porque se da mucho que a los boxeadores los contratan con una semana de anticipación, o sin estar entrenando, y les dicen: “la tomas o la dejas, porque si no, ya no hay otra oportunidad mundial para ti”. No, pues ¿qué hacen?, la toman (17 de noviembre de 2005, reportero de boxeo; jefe de prensa de la Organización Mundial de Boxeo).

De esta forma, la responsabilidad se desliza de los organismos rectores a la conducta individual de los atletas o a una gestión voraz por parte de los mánagers; los ejemplos excepcionales se convierten en la norma a seguir y se carga un peso decisivo en la extracción social: según esta interpretación, muchos de los problemas del boxeo derivan del desprestigio derivado del mal comportamiento de peleadores que provienen de los sectores más bajos de la sociedad. Esta percepción la resume Ricardo Garibay en el siguiente pasaje de su libro sobre Rubén Olivares:

Mantequilla ha ganado cerca de veinte millones y no tiene un centavo. El hipódromo, las apuestas. Con decirle que Mantequilla en una de las últimas que tuvo aquí se llevó más de noventa mil dólares limpios, y a la semana estábamos platicando con Cuco Conde, su manejador, como usted sabe, y con decirle que llegan y le dicen “que dice Mantecas que le mandes diez mil pesos de urgencia”, “pero válgame si hace cuatro días tenía un millón, yo mismo se lo deposité”, “que dice que ya, pero que ya”. Hágame el favor. Yo los quiero. Me duele que pierdan una pelea, que los

golpeen más de la cuenta; me duele que se queden en la miseria. Pero ¿cómo los controla usted? Más de quince millones ha ganado Rubén [“el Púas” Olivares], y mírelo, peleando por diez mil dólares que no le van a durar quince días, no los hace usted cambiar, qué va. El dinero les sirve para tener más y más y más y más de lo mismo que siempre tuvieron, más y más y más y más mierda. Y luego se acaban pronto, no tienen mucho que dar (cita a Pancho Rosales en el comedor de Alexandria; Garibay, 2001: 235).

No obstante, existe una conciencia muy aguda del papel que la estructura organizativa debe desempeñar en la salvaguarda de la salud y la vida de los contendientes; la mirada médica y la vigilancia en la igualdad de la competencia son factores cruciales para la escenificación de una pelea:

Rafael Ornelas: Como profesional de la salud le puedo asegurar que las peleas más difíciles son las que se libran abajo del cuadrilátero, no arriba del cuadrilátero; y cuando un peleador está bien preparado, cuando de alguna manera ha tenido un régimen dietético, de biomecánica de movimientos, una carga de trabajo perfectamente dosificada, las lesiones no son muy comunes que aparezcan en el cuadrilátero. Se van abajo por la vida disipada, por las compañías, por la [...] volvemos a lo mismo, la extracción social, los malos hábitos de conducta, que de alguna manera al sentirse ídolos, se olvidan, con mucha frecuencia, de lo que deben guardar para su organismo; es ahí donde se libran y se presentan las lesiones. Es cierto, no es un deporte al que escape el contacto directo a nivel cerebral o cerebeloso; sin embargo, si usted observa, hay peleadores que se expresan extraordinariamente, que nunca perdieron un combate, como Ricardo “Finito” López, que Raúl “Ratón” Macías salió de la pobreza en base a ello, que Óscar de la Hoya vive millonario, que Sugar Ray Leonard vive así, sí, y hay otros casos que también podemos considerarlos como el lado opuesto de la moneda; un Mike Tyson, por citarles solamente ejemplos; cuya conducta, pues está [...] deja mucho qué desear y algunas otras personas que sí han arrastrado secuelas por el boxeo, pero insisto,

más por la vida disipada que por los riesgos propios del deporte (12 de junio de 2006, médico del Comité Olímpico Mexicano).

Por su parte, los informantes situados en los niveles intermedios —entrenadores y mánagers— tienen una perspectiva menos optimista.

Ignacio Beristáin: En Indonesia en un año han muerto ocho peleadores, en un año, es espantoso. Las autoridades que rigen el boxeo en el mundo son varios organismos, no se ponen de acuerdo para investigar por qué, cuál es el problema. Generalmente, a veces lo que molesta es ver que las autoridades [...] porque las peleas son completamente desniveladas. Todos los peleadores guardan un nivel en el mundo, más técnicos, más fuertes, con más pegada, y hay algunos pobres que ni tienen registro. Hubo una pelea de un mexicano con un norteamericano, el norteamericano era más alto y aparentemente un poquito mejor boxeador, de su estilo, su técnica, más depurado, pero no se quitaba un golpe, todos los golpes que le tiraba el mexicano los cachaba con la cabeza, y era muy fuerte, muy resistente, pero yo digo, si le pega a una piedra así le está pegue y pegue pues también la va a romper, entonces le estuvo da y da y da y a los dos tres días falleció el peleador, porque no tenía ni la más mínima idea de cómo quitarse un golpe. Hasta los que —dicen en el argot—, hasta los que no le tiraban le pegaban. Yo creo que puede haber una comisión especial en cualquier parte del mundo, decir, bueno, antes de autorizar un programa vamos a hacer un análisis profundo, aunque nos tardemos un poco, de que esta pelea puede ser peligrosa por esto, por las características, por ejemplo el vendaje de los boxeadores [...] que tiene, está hecho de gasa, tiene tela adhesiva, a veces los golpes tienen más contundencia, lastiman más, y bueno, la cabeza de un ser humano no está hecha para golpearse, ni las manos. Hay fracturas de los puños, fractura de maxilares, lesiones que dejan huella permanente. Por eso yo les digo [...] yo debería de defender mi trabajo, pero no dejo de pensar que es peligroso (5 de octubre de 2005, entrenador).

BOXEO, PELIGRO Y MASCULINIDAD

Para los boxeadores, que lo viven en carne propia, que están en el centro de la discusión, el tema tiene una dolorosa actualidad. No obstante, en el fondo de su discurso puede advertirse una necesidad de “hacer sentido”, de superar la evidente insensatez que implica la práctica y encontrar una legitimidad en el meollo mismo de la construcción subjetiva.

David Sánchez Sánchez: Como deporte, el boxeo es muy bueno para nuestra salud y también es un poco peligroso, tiene mucho riesgo [...] o sea, yo digo que cuando uno tiene cita, pues... uno se tiene que ir para allá, pero desafortunadamente le tocó a mi hermano y muchos quieren que yo me retire, pero es un acto de cobarde, si yo me voy, porque pues él luchó hasta el final y que yo me vaya así no es de... no me lo permite mi dignidad (29 de septiembre de 2005, boxeador).

CONCLUSIONES

Mediante una tradición transmitida como reglamentación, técnicas corporales, rituales y normas de conducta, el campo social del boxeo reproduce el imaginario de la masculinidad en una de sus versiones más crudas: la que identifica el significado de la virilidad con la fuerza bruta, escenificada en el ataque corporal directo y en la destrucción tanto del propio cuerpo como del cuerpo del oponente.

Una revisión bibliográfica sobre las paradojas de la práctica en relación con la violencia y sus efectos en la salud de los atletas, contrapuesta con testimonios de quienes la cultivan en la ciudad de México, permiten exponer y reflexionar acerca de las estrategias discursivas que utilizan los informantes para defender o cuestionar la legitimidad del boxeo como deporte institucionalizado en el nivel internacional.

Dichas estrategias permiten entrever una identificación profunda entre la masculinidad y el esfuerzo físico implicado en una arena de competición que destruye la excelencia forjada en un largo y penoso entrenamiento, donde el dolor se transpone en control y la expresión de la virilidad se convierte en un verdadero factor de riesgo para los hombres. Este control en que el cuerpo es interpretado como arma, bala y blanco, se traducirá, en la voz de boxeadores, entrenadores y especialistas del boxeo, en uno de los contenidos que permiten descifrar el género hoy día no como una esencia de la identidad, sino como una acción que se actualiza y se actúa en cada circunstancia y en cada campo social.

BIBLIOGRAFÍA

- Anasi, Robert. *The Gloves / A Boxing Chronicle*. Nueva York: North Point Press, 2002.
- Garibay, Ricardo. “Las glorias del gran púas” [1978]. En *Obras reunidas (crónica uno)*, 215-247. México: Océano / Conaculta, 2001.
- Hargreaves, Jennifer. “Women’s Boxing and Related Activities: Introducing Images and Meanings”. *Body and Society* 3 (1997): 33-49.
- Hauser, Thomas. *The Black Lights / Inside the World of Professional Boxing*. Fayetteville: The University of Arkansas Press, 2000.
- McIlvanney, Hugh. *The Hardest Game*. Nueva York: Contemporary Books, 2002.
- Messner, Michael A. “When Bodies are Weapons: Masculinity and Violence in Sport”. *International Review for the Sociology of Sport* 25(3) (1990): 203-220.
- Messner, Michael A. *Taking the Field / Women, Men and Sports*. Mineápolis: University of Minnesota Press, 2002.
- Oates, Joyce Carol. *On Boxing* (edición ampliada con fotografías de John Ranard). Nueva York: ECCO (Harper Collins), 2002.

BOXEO, PELIGRO Y MASCULINIDAD

- Sugden, John. *Boxing and Society / An International Analysis*. Manchester y Nueva York: Manchester University Press, 1996.
- Wacquant, Loïc. *Entre las cuerdas / Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Madrid: Alianza-Ensayo, 2004.
- Woodward, Kath. *Boxing, Masculinity and Identity / The "T" of the Tiger*. Londres y Nueva York: Routledge, 2007.
- Woodward, Kath. "Hanging out and hanging about / Insider / outsider research in the sport of boxing". *Ethnography*, vol. 9, núm. 4 (2008): 536–561.
- Young, Kevin, y Philip White. "Researching Sports Injury / Reconstructing Dangerous Masculinities". En *Masculinities, Gender Relations and Sport*, compilado por Jim McKay, Michael A. Messner y Don Sabo, 108-126. Thousand Oaks, Londres y Nueva Delhi: Sage Publications Inc., 2000.